

“Desde mi balcón”, Ana Reinoso.

Me gusta mi apartamento porque es un séptimo piso que da a una calle muy amplia. De vez en cuando, me siento a observar la calle y a las personas que transitan por ella, como si de una película se tratase. No es que sea un acosador, ni mucho menos. Simplemente me parece interesante pensar en cómo deben ser sus vidas, cuáles pueden ser sus circunstancias, y en cómo han acabado allí, bajo mi balcón. En este instante, por ejemplo, estoy viendo a una mujer vestida de rojo. Parece que va a una fiesta, debido a la elegancia de su peinado. Se ha parado un momento a saludar a un hombre, tal vez sean viejos amigos. Él va con chándal, parece que ha salido a correr. A su lado acaba de pasar un autobús. No va muy lleno, apenas hay unas cuantas personas, todas con sus teléfonos. El bus se ha parado en el semáforo, junto a un coche gris y una moto blanca. El semáforo se ha puesto ahora en verde, y los vehículos siguen su camino. Toda la calle está en movimiento: se oyen unos cuantos claxons, las voces de la gente, el ambiente animado de los bares... Está anocheciendo, pero todo sigue tan vivo como si fuera de día. Mi mirada se posa en un hombre en la acera de enfrente, que acaba de salir de un coche polvoriento, cuya matrícula de dos letras delata lo viejo que es. Las arrugas en su cara le hacen aparentar unos cincuenta años, aunque tal vez tenga menos. Parece cansado, resoplando varias veces mientras saca unas cuantas bolsas del coche. Tal vez sean regalos para su mujer, o la bolsa de la compra, o cualquier otra cosa sin importancia. Cierra la puerta del coche y comienza a andar por la calle. Solo ha dado algunos pasos cuando se encuentra con un hombre vestido de traje. El rostro le cambia totalmente: el cansancio desaparece de su cara, y en su lugar se pinta una gran sonrisa. Saluda a su amigo con entusiasmo y sin dejar de sonreír. Le ha cambiado tanto la cara que parece otra persona, y probablemente su amigo esté pensando: “hay que ver qué tío más alegre, se le nota la alegría en la cara, siempre está sonriendo”. Sin embargo, en cuanto se despiden y cada uno continúa su camino, el rostro del hombre vuelve a ser demacrado como antes. A continuación, el hombre se para frente a un cruce, esperando a que el semáforo se ponga en verde. Se percata entonces de que a su lado, apoyada en una esquina, hay una anciana pidiendo limosna. El hombre saca un billete de su cartera y se lo tiende a la anciana con una gran sonrisa, que vuelve a hacer desaparecer esa expresión de cansancio y sufrimiento de su cara. La anciana se lo agradece con una sonrisa de un solo diente, mientras que probablemente piensa: “qué hombre más amable y sonriente, tiene tanta alegría en el cuerpo que solo puede compartirla con los demás”. Pero cuando el hombre se gira y cruza ante el semáforo en verde, la

sonrisa vuelve a dar paso al rostro triste.

Mientras cruza la calle, parece pensativo. Seguro que está pensando en su mujer y en sus hijos. Seguramente la conoció en la universidad. Quizás él se enamoró primero, y la conquistó con alguna cursilería de esas, como llevarle una flor cada

día. Y tal vez ella le mirara cada día un poco más enamorada. Probablemente cuente esa historia a sus hijos siempre que puede, envidiando aquel tiempo en el que él era así de romántico y ella le miraba enamorada. A lo mejor también echa de menos a sus hijos, ya mayores e independizados. La casa debe parecer mucho más vacía y silenciosa sin ellos. Seguramente añora oír sus pisoteadas y sus risas, sus riñas, sus juegos, sus historias... Tal vez también extrañe llegar a casa y que los tres corran a abrazarle, o al menos que le llamen de vez en cuando. Pero como las pocas veces que les ve pone su expresión sonriente, sus hijos deben pensar "papá está bien, mira qué alegre se le ve siempre".

El hombre termina de cruzar la calle y, absorto en sus pensamientos, se choca contra una mujer que iba cargando unas cajas. A su rostro vuelve la sonrisa que oculta su tristeza, y le pide disculpas a la mujer mientras le ayuda a recoger las cajas. La mujer le dice que no se preocupe, y probablemente mientras se aleja esté pensando: "qué sonrisa tiene este señor, solo he estado con él unos segundos y ya me parece el hombre más alegre del mundo".

Lo que la mujer no sabe es que esa sonrisa ha vuelto a desaparecer del rostro del hombre. Él sigue caminando por la acera, y según se acerca, cada vez veo mejor su rostro afligido. Tal vez esté pensando en su trabajo. Parece que tiene las manos manchadas de pintura, tal vez sea profesor de arte en un instituto. Seguramente empezó a trabajar de forma entusiasmada, lleno de ganas de transmitir a sus alumnos la pasión y los conocimientos que tiene. Pero a lo mejor, con el paso de los años, se le haya ido acabando la ilusión, hasta tener que poner esfuerzo por las mañanas para salir de la cama. Sin embargo, siempre sonriente y amable, todos sus alumnos deben pensar: "qué alegre es este profesor, una sonrisa suya nos alegra el día a todos".

Se para frente al portal de mi casa y saca las llaves. Parece que vive en este edificio. Está buscando entre el manojo la llave correcta, cuando de pronto levanta la vista y mira directamente mi balcón. Nos miramos durante unos segundos. Puedo leer tantas cosas en su cara... Por un lado la expresión triste y demacrada de su rostro da a entender que no aguanta más, que necesita huir del sufrimiento y terminar con todo de la manera más rápida posible. Pero hay algo más. Hay un resquicio de otra cosa. Un deseo de seguir intentándolo, de no rendirse, de acabar con el dolor pero de otra manera, más complicada pero más gratificante al final.



12 Certamen Literario Escolar de Prosa y Poesía de Las Rozas 2024

Unas ganas de ser el hombre tan alegre que ven todos, de no solo contagiarle esa alegría a los demás sino a mí mismo, de dejar de pensar en lo que he perdido para centrarme en lo que he ganado. Y desde mi balcón en el séptimo piso, mirando fijamente la calle vacía, recordando los últimos momentos antes de subir, debo tomar lo que posiblemente es la decisión más importante de mi vida.